

Madrid y Otros Idilios

Márcio Catunda Gomes

“Madrid del cielo diáfano que filtra eternidades”

Gómez de la Serna

Agradecimientos

a los profesores Jerónimo de las Heras y Pedro Carbonero Cano,
y a Clara Vargas, por la gentileza de las revisiones

Visión paradisiaca a partir de Madrid

Orlando Alcántara Fernández

Borges sintió fervor por Buenos Aires; Madrid es la pasión de Márcio Catunda. Desandando sus calles, visitando sus monumentos, rememorando sus personajes históricos-literarios, viviendo con intensidad en sus plazas públicas, avizorando el Paraíso a partir de su atmósfera, su gente y su pasado memorable cultural-espiritual, el poeta brasileño Márcio Catunda forja con el poemario “Madrid y otros idilios” un espacio cerrado de añoranzas ciertas cuyo epicentro ubicuo es el Madrid de sus adentros. España permanece en primer plano y Madrid es la piedra angular de una pasión que no cesa. Catunda es fiel a sí mismo a lo largo de estos poemas almáticos que paulatinamente nos van revelando un territorio paradigmático en el símbolo, el signo y la metáfora. España funciona como Paraíso; Madrid como privilegio de los escogidos. El espacio geográfico actúa como acicate para hacer reverdecer el numen memorioso. Catunda y sus reminiscencias nos persiguen a lo largo de todo el texto poético. No podemos escapar a tanto amor por un terruño que al poeta a veces se le muestra como Paraíso en la Tierra, acaso implícitamente, quién sabe si por intuición. Y todo es posible gracias al poder simbólico de un país y una ciudad capitalina revestidos de un devenir histórico en lo cultural y en lo espiritual que deslumbra con todo su encanto y esplendor la sensibilidad poética de un autor en busca de lo permanente a partir de la trascendencia experiencial-vivencial en su identidad.

Madrid desborda los sentidos; es todo éxtasis. Catunda resplandece como aeda; su corazón palpita en cada detalle descrito con absorbente pasión. La descripción pormenorizada juega un papel principal en el verbo alado de Márcio Catunda. La enumeración detallada viene acompañada de puntualizaciones reflexivas que dotan de un nuevo sentido el panorama descrito. Así las descripciones floridas y dinámicas van reconstruyendo la memoria reminiscente y al mismo tiempo el lector es alimentado de trozos sapienciales aquí y allá a medida que va degustando la lectura de cada pieza poemática con el fulgor suavísimo de sus resplandores estéticos.

Por otro lado, el dominio semántico-sintáctico de Márcio Catunda nunca cesa de revelársenos como un arsenal de recursos lingüísticos que enriquecen cada texto con sus palabras arcaicas, inusitadas y de poco uso que cobran una nueva dimensión programática en el discurso aélico de un rapsoda en pleno ejercicio de sus capacidades literarias. El contenido semántico-sintáctico se aúna a la riqueza léxico-sígnica con el uso frecuente de oraciones yuxtapuestas y subordinadas para concederle dinamismo, agilidad y vida al universo poético plasmado con eximia eficacia por la experta pluma del bardo brasileiro Márcio Catunda.

Y desde su imaginario poético afloran actos disímiles como la nostalgia, la melancolía, la añoranza, la pasión, el enamoramiento, la contemplación, la meditación, la tristeza, la alegría y el éxtasis que son estados anímicos producidos en cierto modo por el entorno acuciante y variopinto de una España tradicional y moderna en continua interacción con su pasado, su presente y su futuro según es experimentada a través de sus reliquias culturales-espirituales. De ese modo, el Quijote funciona como una reliquia literaria que Catunda lleva como alforja en sus adentros.

Todo el poemario palpita con musicalidad armónico-melódica que mantiene un ritmo sosegado, prístino, refinado, verdaderamente sofisticado en la finura del verbo, mientras el lector atrapa las imágenes *in crescendo* con todos sus sostenidos y bemoles a lo largo del recorrido poemático. Así vemos que la cualidad musical juega un rol de mucha relevancia en la concepción y puesta en escena del poema en la *ars poética* de Márcio Catunda para disfrute del lector apasionado.

Márcio Catunda: Una voz aédica cantándole apasionadamente a España en su embeleso. Márcio Catunda: Madrid en la memoria, Paraíso en la Tierra como prefiguración auspiciosa del Paraíso Mayor prometido por Dios de modo universal para todos los seres creados. Metáfora y símbolo: Imago y signo. Márcio Catunda poetiza con la cadencia mística de un ser espiritual embriagado de éxtasis. Su acento sapiencial nos espera en cualquier rincón del poema. Su pincelada reflexiva se esconde en cualquier verso deseando lo mejor para todo el mundo. Más allá de Madrid y España el resto del planeta está presente indirectamente en su universo poético teleológicamente añorado.

Catunda es el Quijote que todos llevamos dentro. Catunda es el Sancho Panza que somos en un momento u otro de forma existencialista más allá de las paradojas o de los sinsabores, de la cordura o de la locura, de las incomprensiones o de las reconciliaciones. Catunda es Quijote y Sancho Panza: Catunda es un Pessoa posmoderno en busca de su identidad espiritual reflejada en esas calles madrileñas, en esas reliquias silentes y locuaces de España, en esos monumentos esplendentes en constante y hospitalario diálogo con sus visitantes, en esas reminiscencias candorosas, en esas añoranzas obcecadas, en ese éxtasis persistente experimentado en secreto por Márcio Catunda al desnudar su corazón en flor para regocijarnos con su visión paradisiaca a partir de Madrid y sus muchos otros idilios.

Madrid: Panegírico y meditación

Madrid pastoral, pastoril, estrella mozárobe,
buena fortuna busco,
cuerda tañida por el ala del Fénix.
Manzana del Manzanares, flor de las muchedumbres,
soy el que habla con don Quevedo sobre las hechicerías de la vida.
Soy el niño del alféizar que cartas de naturaleza escribe
en romance, sobre mis hechuras.
Como un jubileo aceptaste mis mercedes,
cuando pisé tu primer umbral.
Vengo a beber luz en tu azotea,
vengo a tus arcas con la llave del candelabro.
Pon en mí la bendición de tus cenizas,
laurel de mi aliento.
Digo de paso, en grandes extremos,
que la vida en mí se entenece de verte.
¿Quién oscuras hizo tus antorchas?
¡No dejaremos que arribasen tu lucidez!
Milagro de luz, arca de los tesoros.
Testigo soy de tus luminarias
que en las manos de las parcas yacen como la custodia de mi ser.
Aprendo penas de mi suerte.
El acorde a que estoy atado, anillo del alma,
desde la cuesta de la calle de Alcalá,
a un puerto han llegado mis barcos.
¡Madrid que la naturaleza dulcifica!
¡Madrid de entonaciones de azul en cuya luz el alma remedios ve!
Tengo viviente la esperanza, doy penas al olvido.
¡Embelesos, me duelo de mí, rematadas torres!
Sobre un jardín de pena se puso transida tarde.
Madrid de mis ingenuidades inmejorables.
¡Por la Tizona de El Cid!
¡Por las armaduras del Gran Capitán!
¡A instancias del marqués de Villena!
¡Ladrillos del antiguo humilladero,
en tus bóvedas de Colmenar Viejo,
retablo mayor, cumbre de Real Hospicio!...
¡Pináculos en cada esquina!
¡Flora claustral de balcones, estanques llenos de escalinatas,
Madrid de pabellones porticados!
Se me antoja el extremo empeño:
los arrobos que traigo a colación.

¡Ando en coloquio contigo,
vértigo de violines que da enjambre al relámpago!
Todo es por las chispas de tu emblema:
un sentido para las manos del poeta,
disimilitud de laberintos, arraigos de cristal.
Castillo plantado en las aguas de la vida.
Sobre el ansia marítima de mis instancias
se transfiguran tonalidades de vuelo.

MADRID REVISITADO

Hay retenciones acordeónicas en las carreteras,
anuncia la emisora de radio.
La muchedumbre es un disparate.
Hay demasiados coches y grúas.
Las mallas de hormigón se han comido las plazas.
El tráfico se está cargando las explanadas.
Está la ciudad en obras,
en un afán de abalanzarse en reparaciones,
en protagonismo plenitudinal.
Estoy en Madrid , anegado en lucidez.
Estoy y no estoy apurado – dirección las Musas.
Cuatro Caminos – poesía, música, teatro y filosofía.
Sentado en los acentos altos del autobús,
La mirada en las aceras soleadas,
vengo a reanudar el manantial de mis esperanzas.
A sabiendas de lo que significa una siesta en
cualquier estancia,
Una vivienda donde acomodar lo pertrechos de la
jornada,
donde a nadie apetezca fumar.
¡En tal momento culmen, desde luego,
escribo para lucimiento de mi sanidad.
Camino sin actos fallos ni objeciones,
bajo el glorioso artificio del espacio azul,
rayado de aviones,
calle de la Princesa, día primaveral,
aunque los árboles estén casi in hojas.
La mañana es una floración de albricias.
La vida como gracia,
cuando marchan lo hombres con la urgencia de sus
quehaceres

y las mujeres con mano llenas de fundas.
Yo con el alma llena de lo que los ojos me enseñan.
Soy el poeta de todos los sentidos,
juglar de la sinestesia madrileña.
Celebro la mañana con suavidad de natillas.
Celebro España con cuadernos de cortes.
Testigo de mi propio albedrío,
mi primera hazaña es un almanaque perpetuo.

RECORDATORIO

Por la calle de Espartero se llegaba a los arroyos.
Madrid de huella tardomedieval.
Santa María de Almudena,
la imagen escondida, señeros actos.
Madrid de los Austrias, capital de Europa.
Dominada por el patronazgo,
escenario de reliquias.
Plazas con motivos laudatorios.
Madrid irradia sus ráfagas oleadas,
fraguando estacones.
Raigambre de ornadas fuentes,
Madrid ensanchada con plazuelas,
donde se alzaron proclamas y barricadas.
Madrid de los espectáculo castizos,
calles atiborradas de automóviles,
Madrid caudal sin fronteras,
balcones hacia el Guadarrama.
Colón sobre las aguas como a orillas de América.
Madrid con sabor de tortilla y aceitunas de Jaén.
Madrid que sabe a placeres

Y enciende relojes de fortuna.
Extramuros las doradas cúpulas, cuadrigas
monumentales.
Intramuros el cortejo de las insignias,
Labrados lienzos de alegorías.
Madrid principio activo de la vida,
Trashumancia en pasillos de deleite.
Talismán cosmopolita.
Madrid olor a castaño después de la lluvia,
Cielo despejado camino de Atocha.
Madrid las tiendas de paneles luminosos.

Paseo triunfal

Salí al mundo y la poesía estaba en las calles
y en la cara de todos los hombres y mujeres.
En la universidad de la plaza.
En la geografía ibérica.
En la dulzaina como en la gaita y en mi corazón gitano.
Por los barrios de castiza realeza,
plazuelas y balcones de ala ancha,
me gusta el Madrid
de la muchacha guapa vestida de guardia civil,
llenando de belleza el arte de morirse.
Me gustan las portadas
de unos edificios de balcones empavonados,
cuyas filigranas evocan el estilo de Francisco Umbral.
Otros aprecio igualmente, de sencilla estampa,
que recuerdan la clara estética de don Julián Marías.
Puerta del Sol Mediterráneo,
aquí tuvieron casa Cervantes y Calderón.
También Góngora, Lope y Quevedo habitaron este lugar.
Praderas de ensueño, Sierra de Guadarrama,
hondas iglesias bordadas de tomillos.

4-3-96

plaza de España

Soy también manchego en ideal.
De la tribu de viñas y molinos.
Siendo yo el más humilde de sus discípulos,
honrado y colérico pastor de las lomas delirantes,
soy de los que lloran por El Toboso,
doquiera que estoy.
¡Qué gusto verte alzado al pedestal de tu recuerdo,
un sillón de granito plantado en la historia,
bajo el obelisco de las musas entretenidas!
El pilar enmarcado por una pirámide,
lámparas de cristal como escenario,
los edificios como fragatas ancoradas
y el mar de nubes como en Lepanto.
Como un profeta soberano, patriarca de la lengua,
contemplas a tu magnánimo alterego,
Don Quijano, el Quijote, cuya diestra saluda al gentío,
la lanza enarbolada con garbosa probidad.
El rotundo escudero chaparro te sigue,
irresolutos ojos de pícaro.
No te vayas a precipitar sobre el estanque.
mira que vas cargado de obsesión
y tu gordo secuaz no se consuela más que con su prometida heredad.
Andáis tocados de temeridad,
caballeros hechizados.
¡Andáis arrebatados de ilusión!

Momento luminoso

La muchedumbre que se expande en sendas olas,
el tránsito, inundación de humo,
Madrid como una sola catedral,
lámparas encendidas a las que el aire otorga transparencias,
camino con Amancio* entre reflejos dorados.
Divisamos cristales y faroles,
somos pájaros dueños de jardines olvidados.
Alegre cena de viviente oasis.
Era grato buscar el sitio edénico,
callejeros clarividentes.
Era grato caminar
desde el Círculo de Bellas Artes hasta la Plaza de Santa Ana.
Era un camino que reluce hasta ahora,
del otro lado del océano,
como una señal de ventura en noche iluminada.

* *El cantor Amancio Prada, amigo del autor*

Plegaria quijotesca por Madrid

De los Austrias a los Borbones,
subo y bajo calles entre portadas y escaparates.
¡Madrid de todos los talantes,
de todos los humores y delicadezas,
no permitiremos que te violenten!
En nombre de todos los amores,
como un Quijote, un Cid, un Juan de Austria,
un comunero, un escudero de humana figura,
defenderé la humanidad de tu diálogo.
Síntesis de aventura, semilla de Castilla,
perla de la meseta: albergue y monasterio,
Devoto de tus hermandades penitenciales,
pícaro de tus libertinos festines,
asimilo las Españas de tus generaciones,
engendros de tu ingenio ibérico.
Alumbrado por tus majas,
tengo en mí las taras de tus huestes indómitas,
la mística visionaria de tus herejes,
la arrebatada justicia de tus caballeros.
Baluarte del inflamado ardor,
siento las ansias de tus profetas iconoclastas,
la quimera delirante de tus descalzos sacramentales,
Soy testigo de tus estigmas,
de los disparates y agravios de tus valores,
no permitiré que estrangulen tu generosidad.
Alma de los alborotos míos,
descansaré peleando por tu alabanza,
en tu entrañable liberalidad velaré mis armas,
castillo de mis alegrías,
peregrina hermosura de mi sujeto corazón.
Constelaste de encantos a mis pobres hazañas,
cambiaste mis angustias en verdadera fortuna.
Estoy coronado de deleite,
tú me nombraste venturoso,
ungido de magnanimidad.
Mi oficio es tener en la memoria tus donaires,
es cultivar tus quebrantos de éxtasis,
aldea universal de los poetas.
Música en las tardes soleadas,
rosario de balcones que celebran la vida.
Madrid retablo del humano porvenir.

Exorcizas los barruntos de mis desventuras,
me determinas reposar en tus hospitalarios deleites.
¡Nací para recitarte en madrigales!
Que para abrigarte en el pecho basta con haberte visto
y haber discurrido por tus calles.
No dejaremos que defrauden tus urbanos fervores,
antorcha de esperanza.
Huerto de mis utopías te llamaré por mis albricias.
Toda mi estimación dedicaré a destrozar molinos
y a deshacer el entuerto.
Por el amparo de los huérfanos
y por la más bella campesina,
hostigaré a gigantes y ejércitos,
hasta prender a los embusteros,
hasta vencer a los fanfarrones,
aunque el cura vitupere,
aunque me refugie en torres defendidas por canónigos,
es antojo alabarte sin sosiego, fiel a mi propia estrella.
Por miramiento me cumple interrogar a los arcanos.
Tú que has dado luz a mi desdicha,
tú que me ofreces la fortuna,
eres la dignidad de mi ciencia.
Puesto que se me abalanza el mundo,
¡Oh noche, entre peñas y estrellas!
No hay ciudad que me halague, semillas del porvenir,
¡Oh serranas de labios carmesíes!
Es eso cosa clara:
nunca miente el alma que me has impregnado de arrebatos.
Por ti vislumbro la misericordia y recobro el juicio.
Vuelvo a abominar los desenfrenos.
¡Por ti moriré cuerdo y delirante!

Despertar temprano
por la Almudena y el Prado

Despertar temprano, entre viajeras luces,
correr hacia el estruendo del metro,
antes del mendigo que come galletas finas,
antes del viejo que respira por la boca,
antes del hombre de manos llenas de periódicos.
Despertar temprano el día de la manifestación.
Si las petroleras asfaltaron las playas,
la imagen de Santa María, en el altar mayor,
entre custodias, me ofrece el primor de sus lámparas.
Es mi refugio ante los motores y la muchedumbre.
Una hora de recogimiento en la cripta de Almudena,
camino ahora con Rafael* a lo largo de los cedros místicos,
donde los arqueólogos buscan la tumba de Velázquez
y nosotros disfrutamos el día.
Vislumbramos los lienzos de la muralla,
rastreamos huellas.
Una hora de recogimiento
Y ya podemos soñar con las calles que evocan tareas
y con el dinosaurio de la Cava Baja.
Después nos vamos al retablo de las perfecciones:
El Prado y el centelleo de colores.
Son transfiguraciones en cuadros de altar,
triumfos en penumbras de fascinación.
Alardes de luces, contornos que afloran milagrosas escenas.
El Greco ensalza los símbolos,
modula sutilezas,
exhorta a los próceres del sacramento
a plasmar ofrendas de consagración.
Perfiles sombreados afloran a superficies cromáticas.
Hay fábulas en cada mirada, en cada indumentaria.
Goya imprime pigmentos macabros a la procesión.
En paisajes desolados,
gritan los retorcidos rostros de diabólicas romerías.
También se alumbran tornasoles de ligera vibración.
Carmesí de deslumbrantes paños, modelados con difusa luz.

* *Rafael Nava Cuervo, amigo del autor*

Grandezas de la Villa de Madrid

Todo comienza en la calle de Arenal,
una muralla, un arroyo
al que se llegaba por la calle de Espartero.
Madrid de huella tardomedieval.
Desde el mercado del Arrabal,
que se hizo rectángulo porticado de Felipe III,
el Magerit abrió sus anchas alas
y el Manzanares estrechó las suyas.
El Madrid de los Austrias alumbra sus callejuelas,
luz sobre las ventanas de la Plaza Mayor.
Enmarcado entre columnas de agua,
el portento de Neptuno, guardián de El Prado,
vigila el horizonte majestuoso.
Caballos que navegan en ruedas líquidas,
torres, pináculos, pegasos alzados en aires de domingo,
adalides del arco de Atocha,
nadando bajo nubes como plumas.
Piedras que el sol de apoteosis labró con simetrías coloridas,
los palacios de Recoletos,
las alas abiertas del edificio de la compañía Metrópolis.
De Alcalá al barrio de Argüelles,
longitudes de la Gran Vía,
El Prado plantado entre verdes ornamentos,
la Real Academia asistida por el consejo de los Jerónimos.
ladrillos mínimos de elegancia inconclusa.
Los auspicios del patrón de la calle de Bordadores,
las alturas bizantinas de San Benito,
ángulos que se desbordan sobre portadas,
el sueño de Cervantes entre rascacielos,
perspectivas de la Plaza de España con teatros,
cúpulas de cerámica, cristales de sol
sobre Almudena y Jardín de Oriente.
Sobre las redomas de San Francisco el Grande,
la ciudad matinal lustra sus reliquias.
La ciudad aún tiene ojos de rocío mañanero.
«Un palomo de lumbres», diría Federico García Lorca.

No fue por casualidad que pisé el cemento fresco
en la calle Preciados.
Mi huella quedó en aquella acera,
perpetuada por mis andanzas y amores.

Parque del Retiro

Solo aquí, lejos del demonio de las calles,
vuelven las migratorias armonías.
Frente a la frescura del estanque
y al arco horizontal de Alfonso XII sobre el pedestal,
miro hacia el poniente,
entre columnas y leones que yacen abajo.
Solo aquí olvida sus agobios el niño que soy, miedoso y triste.
El agua con sus chorros lava mis llantos de sombra.
Tregua encuentran mis clamores en alamedas de fulgor.
Ramajes de silencio sanan mi dolencia,
la angustia del día duerme su inquietud.
Cesan las preguntas sobre los caminos.
Se ha llegado al sitio donde florecen las esperanzas.
Aquí se reconstituye el espíritu fatigado de los ruidos.
El agua, los pájaros y árboles alegran mi alma peregrina.
La omnipresencia del Sol fluidifica el fuego de la tarde.
Luz en la cúpula del Palacio de Cristal,
me quedo entre rosetón y efigie,
donde los ritmos se hermanan.
El surtidor serena chispas agonizantes,
reconcilia los estigmas y alaridos.
Transparentan temblorosas congojas,
entre hielo y fuego, como mis sentimientos,
pero encontré este rincón de afecto,
con refrescantes quioscos y arboledas.

Puerta del Sol

Absoluto encanto, puerta de luz sobre el reloj,
campanario de bronce, que es trofeo, faro magnético
que grita a la claridad,
rectángulo ceñido de perlas:
La Mallorquina y sus deleitables riquezas,
El Corte Inglés de mágicos escaparates,
al frente, el Tío Pepe, sol de Andalucía,
embotellado, sobre blancas ventanas.
Puerta de expectante lumbre,
flujo de coche y gente por la Calle Arenal.
Delante del campanario, eje de todo el centelleo,
la revolada de palomas ondea sobre el caballero que rige el ajetreo.
El círculo de cristal desborda.
Del centrífugo epicentro fluyen los entes movedizos,
se agitan inquietudes de tráfico y vida.
Hay prisa y multitud entre fuentes y tiendas,
murallas coloridas alrededor del cuadrante,
astrolabio de candelabros como encrucijadas,
luceros de tonante abnegación.
Fuiste arrabal, alcantarilla de oriente,
pregones de alojeros, buhoneros, figones.
Dolores de Ramón de Campoamor.
Tertulia y mancebía, procesiones de aparatoso cortejo.
Atisbos del pretérito, palacios de condes.
Me siento al pie de la Venus Mariblanca,
patrona de las majas, angélica y erótica.
Soy feliz cerca de este arquetipo de vicisitudes,
fénix de Fenicia,
iconográfico relicario sobre cilíndrico pedestal,
antorcha de mis estremecidas cruces.

Cibeles

Entre Recoletos y Alcalá,
Las apoteosis de la esposa de Saturno.
Un plenilunio de mármol,
entre portentos y máquinas asombrosas,
desorbita el rutilante carruaje.
Resplandece el surtidor alumbrado, espectáculo de fortuna.
La diosa atraviesa un puente,
aureolada por un orgasmo de agua
que los amercillos arrojan.
Cruza la Puerta de Alcalá,
trofeo con ángeles triunfantes
y se marcha rumbo a la Puerta del Sol.
La siguen los pequeños sátiros traviesos.
Coronada de júbilo, pasea impasible
la mirada inmortal.
Derrama fertilidad sobre floescencias,
conducida por implacables leones,
asistida por mí de madrugada
y por el astro de hielo
que vela las nieblas de otoño y bendice los colosos.

Plaza Mayor

A las ocho de la tarde salgo de casa,
sin hora de regreso.
Hay cúpulas de marfil sobre claras escaleras,
la ciudad brilla joyas y sagrarios.
Los motores huelen a plomo, humaredas de martirio.
Pero la noche pertenece a Orfeo
y todos los portales gritan: ¡Plaza Mayor!
Arcos de monumentalidad alardean balcones,
ladrillos rojos, coronados de negra pizarra.
En la universidad de la Plaza tengo diploma de latinidad.
En su emblemática solemnidad acogedora,
como en las antiguas fiestas patronales,
Felipe III se alza en guardia,
entre cuadrángulos de ventanas encandiladas.
Las columnas enmarcan el aire.
Mi alma se sofoca de sed.
¡Ay, gitanas de dulces manos,
samaritanas de hermosura!
Niñas cantantes de risas de amorío.
Una guitarra resuena recuerdos de la Alhambra.
Hay bares que nunca duermen y bohemios vigilantes,
enchapados de plata y acuarelas.
Entre comercios y restaurantes,
24 horas al día estudio los claveles de la noche,
bodegones y claras puertas solares.
En la Plaza Mayor, escuela del Santo Labrador,
aprendo zarzuelas y presbiterios
y las devotas de Fray Luis,
ibéricas moras, guapas palomas,
me enseñan ritmos gitanos.
Luceros de Calle Mayor
donde Lope y Calderón terciaban sus manteos
y enseñaban cruces de trapo en paseos de corte.
Universitaria plaza que infundes fiesta en los sentidos,
retablo de manjares y duendes,
patio que es un campo, umbral sin pilastra,
bordado de ángeles andaluces.
Pasarela abierta a todos los templos y embrujos,
ubicación cardenal con ventanales,
bóvedas de alcázar, bajo alquimias de todas las etnias,
tu universidad me enseña a sonreír a los semblantes

y a escuchar al rey de los campanarios.

Plaza de la Villa

Solemne y con elegancia de flores,
un patio iluminado unge a don Álvaro de Bazán,
erigido entre heraldos y ladrillos.
A su lado yace la cuna de Federico Chueca,
El pródigo castizo de la música.
Reliquia sobria puesta en la encrucijada,
la Torre gótica de los Lujanes
que albergó al cautivo rey francés.
Ayuntamiento, Casa de Cisneros,
ideograma de jardín de candelabros,
la Plaza clava raíces de cemento,
embujos de hiedra, rejas y balcones,
entre torres de piedra y ladrillo.
Luce el balcón hacia la calle Mayor,
como si pasase ahora la procesión del Corpus,
elocuencia, sencillez, soberanía de esencias y formas eternas,
los pórticos de gloria y el Verbo del origen
ensalzan la probidad del blasón que adorna la portada.
Plaza de la Villa, trono de austeridad.

Retiro en Madrid

Por anchas avenidas bañadas de sol,
alamedas de mi hogar antiguo,
me siento entre hermanos
y camino en novedad de vida.
Entre albricias y árboles otoñales,
balcones de ramas y gorjeos,
me sueño en palacios de cristal
y pardas viviendas de idilio.
Bajo torrentes de inmenso azul,
aves de exilio, ¡el cantar de un corazón conmovido!,
peregrino por alegres calles.
Por la Gran Vía de acceso a la amistad,
me voy en panorama de llanuras
a la casa de mis recuerdos,
como el que vuelve de la tormenta
y flanquea el pórtico milenario.
Vengo a beber neblina en tus pétalos,
Madrid, jardín romántico,
puerta abierta al hijo pródigo,
rocío y arenal de mi destino.

5/5/95

De la conveniencia de haber nacido

Septiembre es el mejor mes en Madrid.
Después de agosto, horno y antes de diciembre hielo,
puedo saborear naranjas de Valencia,
sin pasión por el hastío,
sin rebelarme contra la primera célula.
Sorber la pureza de una Solán de Cabras,
salir por un callejón bordeado de certidumbres,
cosechar el trigo
que se hizo cálido pan sobre la mesa fraterna,
en una casa repleta de amistad.
Cogollos de Tudela o frutales de Granada,
miel de jazmín de Gredos...
Septiembre es el mejor mes...
Puedo salir a las calles de fiesta,
por la Paloma o por el Labrador,
mujeres con peineta y mantilla,
bandas de música, danza villanesca, fandango y madrigal,
cantigas de Alfonso X bordadas por Carreras,
la brisa de los bosques, camino de Villalba,
olor de espesos jarales:
recuerdos de la Cuesta de las Perdices,
cuando Madrid aparece como un espejismo,
un prodigio del horizonte,
muralla de niebla inmersa en lontananza.

La musa del museo

Más linda que la muchacha de la ventana
y más sensual que las sirenas,
veo a la musa del museo.
Más translúcida que la condesa
y más pura que la comulgante,
odalisca sentada en el jardín:
la musa del museo.
Más dramática que la visita del obispo,
más entrañable que la procesión de la muerte,
el perfume de su pelo mojado
y sus nalgas salientes.
No me alumbra el paisaje astral,
sólo sus manzanas de carne rubia.
Las acuarelas son naturaleza muerta
ante las verbenas de sus senos.
La veo bulliciosa entre las bañistas.
La falda adolescente sobre el campo vasco.
Un secreto cortejo ensortija a Orfeo...
Más valiosos que los tesoros de un delfín,
en sus ojos viajan veleros y cantan madrigales.
¡Sangran los lienzos de la fantasía!
El salón se llena de luz.
El museo repercute el rapto de Proserpina.
Baco se embriaga de su gesto lánguido
y en un piélago de desesperación,
la envidian las sirenas
y las medusas que la tormenta tragó!

23-3-96

Promontorio de consolaciones

"Qué dulce poder tener un jardín que nos consuele"

Juan Ramón Jiménez

En matinales azules callejeo lejanías.
Tengo arroyos en el alma y cosecho aromas.
Aprecio la rociada mañana de lontananza.
Me enredo por los arcos de las plazas,
con torres blancas y escoriales de bruma.
Las alondras, olorosas a romero, brotan de la brisa.
Un domingo de éxtasis viaja conmigo
de Majadahonda a Moncloa.
Me alimento de contemplación,
mirlo que en estación de alturas
se recrea con los colores que el día le confiesa.
Me inspiro en la claridad azul de su vuelo,
que engalanan las gotas irisadas,
mientras él bebe las rosas, como el tiempo consume los años
y el recuerdo los resucita.
Deambulo por delicias y magias,
con los leones de Cibeles y el cortejo de Neptuno,
en medio de las aguas.
Me acompañan los frescores de Almudena.
Celebro el propiciatorio rito, abrevadero de expectativas.
Jardines como constelaciones deleitan la tierra encendida.
Rincones llenos de melodía.
Las fuentes discurren por los ojos como ensueño,
lirios de frescor.
La luz viva estremece el corazón.
Atocha y Recoletos labran palacios,
almacenes de esperanza, arrabales de mi alcázar,
hacia la Puerta del Sol.
Mañana preñada de rocío, alma es Guadarrama,
verde de sombra y horizonte.
Corazón de liturgias y quebrantos mudéjares,
sé que no me anegarán las aguas de la congoja.
Voy coleccionando reliquias como si las guardase en los bolsillos:
el transfigurado alminar de San Ginés,
la Carrera de San Jerónimo, de fulgurante arrebató,
prodigando cosas memorables.
La Plaza de Oriente con su portento ecuestre,

enmarcado por los próceres de las dinastías.
¡Hasta un templo egipcio, alzado en plataforma exuberante...!
Callejeo con mi soledad enarbolada.
Tomo aliento, trastocado de venturosa suerte,
acertijo contra los esbirros.
Sé que no me acecharán
los aceros de aflicción.

9/6/96

Madrid imponderable

Paseo por plazas y almacenes.
Paso por la casa de aquel
cuyo ingenio admira el mundo.
Sigo a las guapas de ojos ajardinados,
moriscas ariscas.
Calderón, en su pedestal, mira la propia efigie.
En un mosaico, sueño Sevilla imperial,
Granada florida, Córdoba etérea y Málaga portuaria.
Sobre todo encanto Madrid alza un palio de lumbres.
En el Madrid multimágico me hice amigo de todos:
del marginado, de la viejecilla del alma de Cristo
y de los que aún quieren a Carlos III,
monarca ilustrado.
Camino con el Diario 16 en las manos trémulas,
después del tercer café.
Salgo con duendes de melatonina,
mientras las palomas deliran
y una luz heroica invade el patio.
Las campanas me convocan a los monumentos.
Música en los espacios de San Jerónimo.
Nadie es forastero entre miseria y maravilla.
Paseo entre plazas y tabernas,
miro las forjas floridas de los balcones.
Sonriendo con los aires de marzo,
en el alegre sitio de Lavapiés,
donde otrora fui bohemio,
llego, como la primavera en los pétalos de un castaño.
Llego el sábado a la feria de las sensaciones,
y a El Retiro, con humedades y grullas.
Los lugares de recreo, la arquitectura canónica,
Rosales, luna que se sonroja.
¡Claridades de Alcorcón!

Noche de otoño

Noche de plazas y templetos atribulados de noctámbulos,
tabernas abarrotadas de bohemios,
noche de otoño con Calderón meditabundo
frente al Teatro de ventanas neoclásicas.
Viento impulsando papeles y hojas por las aceras.
Escaparates como brillantes perdularios.
Buscamos refugio en la marquesina.
Ya no pasa el 65 después de las once y media,
bajamos por Carretas hacia el calor del metro.
Tráfico intenso, es viernes, día de marcha.
Escena festiva, albañiles borrachos por las calles.
La noche discurre por la línea amarilla de Argüelles.
Para el centro neurálgico,
dirección Moncloa, rumbo a la Puerta del Ángel,
Paseo de Extremadura.
“un ángel bajó del cielo de la mano de una niña”
es el acorde al que estoy atado,
mis barcos han llegado a puerto.
En su pedestal luminoso,
el Palacio Real alza blancos mármoles,
portento de lumbres.
Siete Estrellas de la Osa Mayor en la pared de la noche.
El madroño y las torres de las dos Castillas
en el escudo heráldico.
Clavada en cemento y ajardinada de retiros,
la ciudad ostenta sus metáforas:
Mar de cristal, Vista Alegre, las Musas,
Arroyo del Fresno.
¡Madrid, echáis maná al paso del hambriento!

Poniente en la carretera

El sol se refleja en todo el transparente paisaje.
Están los campos arados por el cauce de un relámpago.
La tarde de cambiante espuma se quiere nocturna,
ardiente blancura resbala en sombras turquesas.
Mi avidez anhelante vuela por la claridad,
expansión de alas en abismos de altura,
murmullos de silencio y misterio.
Poco a poco se deshojan plumas tenebrosas,
espejos de inmensidad se enturbian de ceniza volátil.
Aires de Fuenlabrada y Colmenar.
Súbito el punteado de centellas.
Madrid fosforece su dorada fiesta,
rastreado el crepúsculo.
Ahora la carretera es un río rojo,
los coches forman carriles de faros.
Aldea de Fresno.
Por fin la noche cubre las bóvedas
con su manto de ébano.

Cuesta de la Vega

Sigo por calles soleadas,
mis altares más allá de las iglesias,
mis amores una religión de alegría,
un alzarse en escaleras hacia los jardines.
Cuesta de la Vega, el patio, no el claustro,
los alrededores arbolados, aparición de Almudena.
La poesía, mi catedral poblada de espíritus,
nace con el día que orea paredes y techos de los viejos santuarios
y hay otros templos azules por encima de las hojas.
Si hay armonía celebro al Dios de la Vida,
los poetas son oficiantes de mi culto,
los asientos de los parques son mis confesionarios,
las encinas, mis iconos,
las retamas, mis hostias.
Me quedo adorando almendros y ruiseñores,
mientras transcurren las horas.
Hasta las ovejas humanas me complacen
cuando me voy por El Paseo del Rey.

Mosaico madrileño

Las grandes ventanas con balcones,
Puerta del Ángel abierta a las potestades femeninas,
embrujos en la mirada, tarde clara de otoño madrileño.
Azulejos con efigies de Lope y Calderón,
reliquias en retablos, gloria de los penitentes.
Iglesias en cruz sobre suelo de silencio.
Quiero a Madrid con el alma.
Cojo un autobús lleno de expectativas vespertinas.
España espera por mí,
mientras el ajetreo de muchachos y mozas
calienta el frescor de soplos del invierno.
Quiero a Madrid con el alma.
Un ebrio canta flamenco en la Plaza de Santa Ana.
La inquietud agita la tarde.
En el portento del Palacio Real, en el Campo del Moro,
quiero a Madrid con Cibeles y Neptuno,
apoteosis hidráulicas desbordando en redondel.
Quiero a Madrid con Benavente en la plaza,
y en la orla de la moneda.
Madrid con jardín frente al Casón,
ráfagas de coches, Paseo del Prado,
eje arbolado con raíz en el Retiro.
Ya no hay aguazales, pero aún queda un olor de acacias
que ilusionaba a Ramón Gómez de la Serna.
Llego de ultramar, la tarde cuelga de las torres.
Calle de Alcalá, golondrinas pregonando.
Callejuelas sinuosas, verbena y plaza recoleta.
“Hola, buenas!”, grita el camarero.
Puerta del Sol, horas que nunca se apagan.
Madrid de los portales, aún capaz de enternecerse.
Quiero a Madrid con el alma.

Plaza de Santa Ana

Me fui por Espoz y Mina,
a recuperar el libro perdido en Toledo.
Espero el fin de la función del Teatro de la Comedia.
Descanso en la plaza, refugio de bohemios.
Alguien habla de pronto: «Suárez fue el estadista».
Resuena en delirio un cante flamenco,
la guitarra que corteja a las muchachas
y estremece una carcajada sincrónica.
Al otro extremo, la autoridad pide papeles a un marroquí.
Descubre su cigarrillo artesanal,
busca otros entre plantas, como caracoles.
El moro se va por la bajada de la calle del Prado,
aliviadísimo, tras escapar del coche negro.
Pasean muchachas rumbo a la calle del Príncipe.
Calderón, impasible a un extremo,
asiste con la plaza al drama de la vida,
y a los entremeses de los acentos públicos,
frente al frontispicio del Teatro.
Recuerdo que la plaza era un jardín agreste.
Es ahora este salón recoleto,
con bloques de piedra en lugar de los bancos.
Lucen todavía los caprichos de Tirso de Molina,
donde un cantaor ahonda sus quejumbres,
donde atesoro esperpentos de Valle-Inclán,
donde Federico libera una paloma.
Se fue la huella de aquellos antiguos personajes.
En la corriente de las resonancias,
en el eco las evocaciones.
Se fueron el cantaor y la muchacha de amor libertino.
Se quedó la plaza, no más rincón de vagabundos y poetas.
Se quedaron las dos plazas,
la de antaño, adornada de deslucidas flores
y la de hoy y siempre:
acceso a los teatros de la fortuna.

Madrid revisitado

Hay retenciones acordeónicas en las carreteras,
anuncia la emisora de radio.
La muchedumbre es un disparate.
Hay demasiados coches y grúas.
Las mallas de hormigón se han comido las plazas.
El cargado tráfico de las explanadas,
la ciudad en obras,
el afán de abalanzarse en adornos,
en protagonismo plenitudinal.
Estoy en Madrid, anegado en lucidez.
Estoy y no estoy apurado, dirección las Musas.
Cuatro Caminos: poesía, música, teatro y filosofía.
Estoy en Madrid sentado en el asiento alto del autobús,
la mirada en las aceras soleadas.
Vengo a reanudar el manantial de mis esperanzas.
A sabiendas de lo que significa una siesta en cualquier estancia,
una vivienda donde acomodar los pertrechos de la jornada,
donde a nadie apetezca fumar.
¡En tal momento culmen, desde luego,
escribo para lucimiento de mi sanidad.
Camino sin actos fallidos ni objeciones,
bajo el glorioso artificio del espacio azul,
rayado de aviones,
calle de la Princesa, día primaveral,
aunque los árboles estén casi sin hojas.
La mañana es una floración de albricias.
La vida como gracia,
cuando marchan los hombres con la urgencia de sus quehaceres
y las mujeres con manos llenas de fundas.
Yo con el alma llena de lo que los ojos me enseñan.
Soy el poeta de todos los sentidos,
juglar de la sinestesia madrileña.
Celebro la mañana con suavidad de natillas.
Celebro España con cuadernos de cortes.
Testigo de mi propio albedrío,
mi primera hazaña es un almanaque perpetuo.

Recordatorio

Por la calle de Espartero se llegaba a los arroyos.
Madrid de huella tardomedieval.
Santa María de Almudena,
la imagen escondida, señeros actos.
Madrid de los Austrias, capital de Europa.
Dominada por el patronazgo,
escenario de reliquias.
Plazas con motivos laudatorios.
Madrid irradia ráfagas oleadas,
fraguando estaciones.
Raigambre de ornadas fuentes,
Madrid ensanchada con plazuelas,
donde se alzaron proclamas y barricadas.
Madrid de los espectáculos castizos,
calles atiborradas de automóviles,
Madrid caudal sin fronteras,
balcones hacia el Guadarrama.
Colón sobre las aguas como a orillas de América.
Madrid de sabor tortilla y aceitunas de Jaén.
Madrid que sabe a placeres
y enciende relojes de fortuna.
Extramuros las doradas cúpulas, cuadrigas monumentales.
Intramuros el cortejo de las insignias,
labrados lienzos de alegorías.
Madrid principio activo de la vida,
trashumancia en pasillos de deleite.
Talismán cosmopolita.
Madrid olor a castaño después de la lluvia.
Cielo despejado camino de Atocha.
Madrid las tiendas de paneles luminosos
y el arte de alumbrar las aguas.

El 11 de marzo y su veredicto

La vida es sueño, sueño transitorio,
sombras que discurren sobre un desván de esperanza.
Lo imponderable que la muerte acecha con su agudo sable.
En el punto de mira de Al Qaeda estaba España.
La peligrosidad señalada por la ignominia de las agresiones.
El diagrama de la matanza señala niños enfermos,
sangre en todas partes, miseria, orfandad, desesperación.
Un planetario sesgo de barbárie ostenta la catástrofe.
Apocalipsis global, financiado con las reservas de la humanidad!
Cuatro trenes urbanos explotaron en tres estaciones.
El horror penetra en los hogares por la televisión.
La sangre de los cadáveres tendidos inunda las entrañas de la mañana.
El llanto, entre vagones y ataúdes, llena de tristeza la primavera.
Dolor entre los hierros retorcidos y la crueldad más asombrosa.
Madrid un solo grito entre paraguas,
codo a codo.
Un vendaval de gritos bajo el agua, a cántaros, de marzo.
Toda España inmersa en humano llanto,
la manifestación desafiando lluvia, noche, frío
y el reguero angustiante.
Conjurando la desgracia y el dolor,
las pancartas acusan la infamia.
Todo el país, como un río en clamor,
sufre hambre de humanidad.
Casi doce millones de personas gritan contra la masacre.
Llevan banderas en las calles, con crespones negros,
por sentirse en duelo y engañadas.
Su veredicto rechaza la pretensión sanguinaria,
los actos inhumanos, la afrenta a la legalidad internacional.
Abomina la corrupción, la guerra y la mentira.
Metido en aquel lío de cabo a rabo,
un partido sorbe los tragos de su legado de soberbia.
Es el castigo de justiciera población.
“Sacarlos del poder es un problema de salud pública para España”,
dijo Felipe González, con sensatez.

Elena de la Merced, soprano

De las estrellas la más alta y más brillante,
el apogeo de la estética, el triunfo de Venus,
como un campo de flores que se extiende hacia el infinito.

El vértice de la armonía, configurado en un rostro.

La chispeante mirada de carisma y el encanto.

Elena de La Merced cantando.

Esplendor personificado por el efluvio de la naturaleza.

Irradiación deslumbrante, angelical

(no sin languidez carnal paradisíaca).

Toda la hermosura, pétalo y perla en el semblante
y una sonrisa adorable en apolínea noche.

Toda virtud de simpatía, placer de la visión,

seductora presencia de una mujer,

cuya voz, un embeleso de ternura,

apasiona por la calidad de ser musa.

Elena de la Merced cantando “*de España vengo, soy española*”.

Visión de éxtasis, cuyo recuerdo sabe a miel,

suavidad que repercute en melodía,

cual seda y terciopelo en tesitura iluminada.

Elena de la Merced cantando “*como nací en la calle de la Paloma*”.

OTROS IDILIOS

El Real Monasterio de las Huelgas

Las Huelgas de los pastos de Alfonso VIII,
regalos de Bernardo de Claraval,
para florecer en pilares,
púlpitos y clausuras,
capillas de luz.
Ser testigo de los códices del panteón.
Tímpanos, arcos de ojiva
y tumbas que se asoman entre misterios.
Quedan sarcófagos de toda la historia de los tronos,
policromadas líneas del austero patrimonio,
escudos albergados en cada nave.
De todo quedan motivos de cal y piedra.
Ser testigo de la impronta del tiempo,
los estigmas de sus intemperies,
los encumbrados capiteles.
De todo queda el artesonado del afán,
una ilusión de velar las armas.
De todo queda el ajuar,
un legado de perdida indumentaria.

Viaje a Burgos

El páramo de alfombrados cromatismos,
cárcavas de graneros luminosos,
álamos perfilados en las riberas.
Encinas, tejados color barbecho,
robles de crestado ocre,
pradales del Cid,
horizontes arropados de albores.
El claro Arlanza, bajo la Colegiata de Lerma,
luz altanera aclarando las torres.
Atardece en un jardín de enebros.
Trillamos huellas mozárabes,
el césped se viste de orfebrería,
con entramados de perlas.
Viento de umbría en el macizo de Tecla.
La catedral con filigranas de caliza lunar,
la exactitud simétrica de sus floraciones.
Grandioso símbolo de verticalidad.
Todo es una fecundación de bosque rizado,
entre adornos escatológicos de gárgolas.
El que nació para matar dragones
en suelo raso está plantado.
El cofre de sus botines arrimado a la pared.
Esmaltes y marfiles estampan el sello de las agujas.
El Arlanza, como parteluz, adornado de abetos,
dibuja sus tracerías,
por entre parques alumbrados de nieve.

Las voces encantadas
de Santo Domingo de Silos

La dulce resonancia del órgano bajo la bóveda,
y los melismas de lo etéreo.

Voces de bendición diseminan mansedumbre,
unísona quimera de reposo.

Voces de alabadores de Dios.

Con el grave adagio de esa entonación,
quisiera serenarme siempre.

Con semejante bálsamo,
iluminarme en cumbre de quietud.

Ternura de los goces del alma.

Aura de paz, magnitud de terciopelo en el aire,
nectárea devoción.

Las voces exultan, entonando ofrendas.

Plegaria que se transfigura en bienaventuranza,
modulación que me transporta a otros orbes.

Vuelo en sublime encanto,
floto sobre el fluido lucero,
movido por las alas del deleite.

Ese recordatorio de misericordia,
aroma de armonía que nos acompaña,
queda en nosotros como un susurro de beatitud,
sonora clarividencia omnipresente.

Lumbre de los viajeros,
reposo de mi claustro interior,
maravillosa dádiva que aligera el fardo
y suaviza el yugo de la vida.

Santiago de Compostela

Desde un bosque vislumbro el portentoso templo,
la ascensión de las torres.
Calles húmedas de granito ornamental,
lluvia callejera sobre piedras y pétalos.
Un embeleso sembrado por la fe de un hombre,
un tesoro de sortilegios:
candelabros, pináculos, pórticos y claustros,
inmersos en aura de leyenda.
No fábula sino apoteosis,
litúrgica ofrenda y resonancias:
gaitas que alegran verbenas,
agua que discurre por las gárgolas.
De capilla a convento
todo exhorta símbolos de victoria:
presbiterios, galerías, lámparas profusas,
orfebrerías de Obradoiro,
la radiosa lápida, las platas del santuario,
las claves de la bóveda,
el tímpano de gloriosos músicos
y el cordero que ilumina el panteón.
Desde la Puerta del Camino hasta la Plaza de Galicia
recojo joyas del arte peregrino,
la ansiada cruz-espada de Ramiro I,
los artilugios de Teodomiro,
las naves de Alfonso el Casto,
hasta los restos del incendio de Almanzor.
Alabastros, tallas góticas, urnas, puertas sacras.
Intramuros: la sala de armas
donde Xelmires coronó a Alfonso VII.
Extramuros: el néctar de las gardenias.

La Coruña

El portal azul cristalino,
celaje diáfano que ensueña,
disfraza la isla, puerto de vivas leyendas.
Índigo y rosicler, el horizonte de albricias,
color oceánico, resalta destellos de aventura.
Los promontorios marinos anudan fulgores de celosía.
Torre sempiterna que celebra ceremonial de civilización,
desde que el hombre tuvo sed de infinito,
pecho encendido por desvelar misterios,
ánimo desarraigado.
Fanal que por sus trabajos Hércules consagró:
¿Que ánforas guardó bajo sus bóvedas?
¿Diademas de oro, codicia de los corsarios?
¿Quizá las armas de Gerión?
Luminaria proyectada sobre el emporio aurífero,
cántaro de las minas cántabras.
Imagino qué suerte de otros mundos
desde aquí adivinaron las arenas incandescentes,
¿Qué tesoros y pueblos incógnitos
esa antorcha del alma enarboló,
rostros cambiantes de un mismo espíritu?
¿Cuántas veces este lampadario sus espejos desvistió
y se levantó, Fénix, iluminando periplos humanos?
Signo heráldico de las anchuras,
llama de la Odisea de mis inquietudes,
por su arcano crepitar, amparo de mareantes,
labrado en designio,
mi viaje es sobre todo vertical,
hacia los vértices de Antares.
Raíces que se alzan a otros vértigos,
naves velando mares de otras esferas.

Leyenda de San Isidro

Dicen que, arrimándose María al brocal del pozo,
desprendióse de sus brazos el niño.

Dicen que Isidro y la mujer, afligidos,
pusieronse de rodillas.

A medida que rezaban
iban las aguas subiendo,
y, a lomos de la superficie
apareció el niño sentadito,
vivo y risueño, jugando con el agua.

Creo en eso que dicen
y ofrezco mi homenaje al Labrador que salvó al niño.
Ahora toca salvar a todos los niños del mundo
(incluso al niño que soy).

Leyendo un periódico en el tren

El invierno fabrica cortinas que se desploman.
El agua marrón se desliza por las grutas,
sobre los campos inundados.
Se precipitan los arroyos,
el flujo de las ondinas, espuma blanca en líquidos caminos.
Hasta las piedras están verdes.
Advierte el periódico
que el temporal obligó a cortar el tráfico en treinta carreteras,
cerró diez escuelas e incomunicó varios pueblos.
Se hunden puentes ferroviarios.
El Ebro anegó calles, el Duero arrasó puentes,
hasta el Sil se hizo musculoso y arrastró trozos de madera,
antes de abrazar al Miño, que se diría imitar los lagos.
Páginas adelante se escribe sobre la relación
del cambio climático con el dióxido de carbono.
Páginas adelante se comenta
que una barbarie de bombas amenaza los medios de
comunicación.
Imposible explicar el crimen, argumenta el articulista.
¿Quién no se solidariza con el dolor de las víctimas?
¿Cómo dialogar con los que extorsionan, destruyen y matan?
El Papa confirma que nada justifica el gesto hediondo.
Nada explica las atrocidades, aducen los juristas.
Estoy de acuerdo.
El verdadero héroe da la vida por una idea,
pero no mata.

Milagros de primavera

"Alma es distancia y horizonte"

Antonio Machado

Cogí las risueñas frutas de tu estancia.
Deleites de otoñales fragancias aroman ausencias
que me muestras en los huertos en flor.
Remansos donde se encienden rosas,
riberas coronadas de arreboles madurando perfumes.
Me dijiste que la hora florida brotaba
y me hablaste del sonar gitano.
Me invitaste a tu fiesta,
halago ungido de eternidad.
Y en la ermita junto al manso río,
comprendí tus penas
y tus sueños de alba de primavera.
Tu corazón me lleva a sombras de encinares,
a Soria de frescos naranjales y arroyos encantados.
¡Qué hermoso compartir las sombras de yerto ramaje
y en la serena laguna del llano,
los hontanares del Guadalquivir!
Por los campos de montes violetas,
voy mirando las rocas sobre las praderas.
Encinares en las orillas del Duero.
Peñascales, cárdenos alcores,
hojas temblando en verde humareda.
En la galería de los recuerdos
ruiseñores alumbran los nardos.
Todo madrigal de estío, mi corazón se ha dormido.
Colmenares de arrullos canoros.
Abril florecía.
Oigo tu voz entre los jazmines,
voz de temblorosa campana, sonando amarguras.
Y un eco repite en la naturaleza,
de los zarzales floridos hacia los lagares y claveles,
en el árbol de mi vida.

8-6-96

A los cantantes de Aranjuez

Los sentidos en olivares y pinos,
los guijarros me dicen:

“Amigo, ven por las alamedas,
disfruta de las fuentes,
de los serenos fluidos”.

Los gorriones también me invitan a su cofradía:
el desierto es frío,

una parte de África habita el país,
pero hay tulipanes y amapolas

¡y qué aromas de éxtasis
entre musas y campanillas!

¡Los aires de esencia,
los murmullos del agua,
las armonías del oasis!

¡Respiro un arco iris de pensamiento!

7-5-95

En Castilla con los esplendores

Un frío de alfiler cortaba el agua
y no me daba cuidado
caminar por las calles de cipreses.
Sobre las sierras de hielo,
álgida perla magnetizaba los almendros.
Cielo diamante con encantamientos,
fragancias de manantial.
El aire vestía las montañas con designios de ámbar.
Madrugada vital, siembra de canarios.
Laguna reclinada en torrentes.
Subí al rincón de piedras azules
y encontré los techos silenciosos:
poderosa visión de los pórticos milenarios. 3-3-96

Salamanca

Un jardín de claustros brotó de los altos blasones.
Pétreo portento cribado de imágenes.
El retablo de miríadas se sobrepone a los arcos sacramentales,
heraldo sembrado de fortuna.
Plaza Mayor ceñida de efigies,
cuadratura que, de lumbre a lumbre,
lustra la simetría de los balcones.
Tarde color de otoño, matices de tierra mojada.
El monasterio que enlaza con colegio y plaza,
áticos levantados en pináculo.
La Universidad, frisos labrados,
que la iconografía embellece de signos.
Escala mística de emblemáticos enigmas.
Ese ateneo burilado de escudos y coronas,
academia ontológica,
cátedra pontifical del ideal estético,
es un altar que reconcilia verdad y paz.
Un árbol que fructifica insignias.
Es la copa donde Alfonso IX anidó el ensueño de la ciencia,
cedro de ahondadas raíces, ramas bañadas en porvenir.
Volutas que germinan lucernarios,
provistos de brotes que son púlpitos clarividentes,
en cuyas aulas habita la sombra austera
de donde emana a la voz del teólogo:
“Como decíamos ayer”...
el eco resuena por la cátedra,
iluminando las canónicas escaleras.
Viene la voz desde el patio, entre retablos:
“Todo lo creado para el Fruto se ordenó,
fuente de claridad que nos amanece,
remedio de las llagas del alma”.
Grabo mi inscripción en ese remanso de láureas,
donde Cervantes y Unamuno disfrutaron de apacibles viviendas.

Elogio del Tormes en Salamanca

Tormes de mi soledad,
testimonio de los siglos,
tú que viste nacer al humilde Lazarillo
y lo viste golpeado contra el Verraco
y diste la bienvenida al Conde de Borgoña,
cuando en tu lastro sus fueros estableció.
Alentaste la mirada de Francisco de Bobadilla,
consolaste las penas de Fray Luis y Unamuno.
Porque reflejas altas regiones de cristal,
mis pasos buscan tu translúcida orilla,
mis pulmones beben del candor que exhalas.
Te alabo, hacia las alturas,
por la canción de campanas traduces.
Paramentado de arboledas,
discurre un rosario de chispas,
pastor de leyendas, labriego a flor de tierra,
te saluda mi espíritu hortelano hermano del tuyo,
compañero de melancolías.
Nada de temerario enseñas,
sino que sosegado me encuentras.
Apagas el rumor de los sollozos,
mis fantasmas de ansiedad devoras
con la brasa de tus bujías,
regenerando la noche de los peñascos.
Pones alfombra en la hondura de mi sendero.
Atalaya de un templo abierto,
embalsamas la expectación de la tarde.
Bajo la clausura del romano puente,
mi pena vuelves afortunada,
pones descanso en mis alientos,
ráfagas de risa en los amantes de tus orillas.
¡Águila de Armuña, guijarro de apacible timbre,
exhórtame a no olvidarte!
Que tus espumas bañen siempre
el repostero de mis alegrías.
¡Te nombro entre los raudales de mi imaginario,
atrio definitivo de mi camposanto!

Toledo

Más lucientes que los torreones sobre el Alcántara,
el Tajo, espejo de aire sin humareda.
Más alto que las agujas del Alcázar
y las murallas del rey Wamba,
el vértigo de los páramos sobre el cerro.
Frente al Arco de la Sangre,
transido ante la casulla bordada de San Ildefonso,
entre lienzos visigodos y el dédalo de recoletas,
me pierden las calles en espirales.
Me desahogo del laberinto
en las sombras del cortejo de Conde de Orgaz.
Buscaba la Puerta del Cristo de la Luz,
pero don Gonzalo Ruiz desfallecido, pálido,
agonizó en los brazos de los Pontífices.
Hay lamento en la tierra y tumulto en el cielo.
Salgo al Paseo de los Precipicios,
me abismo de agujeros escarpados.
Vuelvo a la Plaza de Zocodover y el miradero me alumbra.
El anchuroso Tajo, a los pies de la Antequeruela,
dilata el tramo de tejados en graderías.
Relumbra el pedestal de San Juan de los Reyes.
En íntimas sinagogas me refugio,
Santa María del Tránsito, regalo de Samuel ha Levi
a su aliado Pedro, mientras combatían a los Trastamara.
Santa María la Blanca, exuberancia geométrica,
el artesanado mudéjar de que se apoderó Vicente Ferrer.
La Mezquita de Valmardón, Luminosa Ermita,
visigótica y califal, poblada de fantasmas.
Más allá de los caprichos de Cisneros,
las transparencias de lo Sagrado,
la transfiguración de luz en cromatismos de vidrieras.
Por donde cada civilización dejó su impronta,
portadas de piedra, alero de tejados en laberintos.
La Casa del Greco, que fue del Marqués de Villena
y del tesorero Levi, muerto por el Cruel Pedro.
El alcázar, las puertas de Bisagra y Cambrón
de piedras del cementerio árabe.
La mitra de Rodrigo Rada en naves de milagrosos pilares.
Rincones desde donde Carlos V gobernó el planeta.
¡Un coloso tal sobre un solar,
trascendiendo límites, panteón sacralizado!

¡Luna de caliza en torre de Alcázar!

San Lorenzo de El Escorial

El palacio monasterio, alabanza del templo del rey sabio,
ostenta, en columnas jónicas,
el ideal de perfección del espacio sagrado.
El espíritu ascético de San Lorenzo sostiene los arcos de granito,
los sagrarios de mármol,
la escala imperial de vertiginoso encumbramiento.
La fachada simétrica, desde la huerta de los ermitaños,
por escudos de bronce guarnecida,
El centro místico, sobre planchas de terciopelo,
portal de alamillos y cipreses,
de torres de estaño coronado.
Es un altar, tallado en piedra, entre vergeles,
patios rectangulares, áureas pilastras.
La biblioteca de la ciencia es el cáliz del tabernáculo.
Un campanario trascendental.
Un resplandor consagra los prodigios del imperio.
Campanario trascendental.
Un panteón unge de atardeceres los decretos de la muerte.
Cada ladrillo, como erguido por Anfión,
con bóvedas de serafines, imita al trono inmortal
y justifica la gloria mortal.
Mientras cada piedra se ajustaba
rectilínea, simétrica, apolínea;
mientras se enarbolaban los soportales del coloso,
se iban rompiendo ánforas y trofeos,
por la violencia con que se los había arrebatado.
Y sólo entonces florecía el otro poder,
ese que vence al orgullo y domina por la paz.
Felipe II lo conquistaba mientras perdía el mundo.
Y sólo cuando ya nada tenía,
apenas su cama de enfermo y su devoción,
comprendió que, sin amor,
los palacios sólo son torres de Babel.

29-9-96.

España de aire cernido

Desde el puerto de Navacerrada,
de donde las praderas se desvelan,
llanura enajenada,
Castilla de viejos robles.
Sangre de claveles, jardín con alamedas de zarzales.
Quisiera despertar en torre abierta, lámpara de rocío,
sobre altozanos y arroyos,
frente al Duero, en Zamora con romeros,
cruzar los huertos, el cielo en los ojos.
Por montes que se alargan en horizontes,
soñando madrigales,
quisiera vagar por Montehermoso y Los Olmos.
Oír el Campanario de la Serena.
que se despliega como alondra liberta.
Sobre peñas contemplar las columnas de jade de Peñaranda,
Murallas y conventos misteriosos.
Pueblos de frutal, castillos despoblados.
Contemplar Alba de Tormes, honda llaga,
estrella y relámpago.
Ávila acorazada de murallas,
guardando el corazón de Teresa, castillo de diamante.
Mis ojos piden verdes, copas recortadas,
huertos de oreados frutos.
Respirar en Villanueva de los Infantes.
España, demando las viñas calmas.
Arroyos de la Luz.
Desde Aldeanueva del Camino, sigo a Mansilla de las Musas.

Guadalupe

Visto desde la altura,
Guadalupe es una perla
incrustada en el musgo omnipresente.
Visto desde el claustro mudéjar,
es un silencio materializado,
un jardín donde irse en romería,
reposadero de labradas fuentes.
Desde el ámbito de reverencia de mis ideales,
es un retablo de magnitud
con filigranas de fervor místico,
arca donde caben los prodigios de Zurbarán,
guarnecidos por la lámpara de Lepanto.
San Jerónimo en delirio, alzado por los ángeles,
y el arrobamiento de otros monjes,
ceñidos a piadosos episodios.
Ámbito de reverencia, desde donde,
de un pacto entre ermitaños y peregrinos,
la devoción extremeña inventó los ultramares.

Navacerrada

A Luis Sendino

Desde la altura diviso el valle
que el lujo del otoño orea.
Desde el despeñadero la arboleda fulge,
bajo las delicias del veranillo de San Miguel.
Los pinos esparcen albas con quebrantos de silencio.
Desde los bordes de rubor ceniza,
aires magnetizados exhalan lucientes hermosuras.
Una gran nube desliza su sombra sobre los peñascos.
La dulzura vegetal resplandece sus glorias,
ondea resonando purezas,
calma al ser agobiado de conflictos.
Otoñan relámpagos naranja,
las hojas de los olmos imitan flores.
El cántico solar templea con una guirnalda
las curvas de la montaña.
Blandos éxtasis de quietud ciñen las cuestas.
Dulcemente flotan los estremecidos velos
de un plumaje de rocío,
que dora el abismo clarividente.
Contemplo el transcurso de las bóvedas,
que delatan huellas con piel de claror lejano.
Con un resplandor de marfiles y nácares
de serenísima ternura,
el día irisa las rosáceas distancias. 29/9/96

El real de San Vicente

Junto a los ramajes
el claro de luna suspira con los ruiseñores.
Los campos de aromas son caricias
que inspiran las golondrinas.
Las dalias desmayan sorbiendo sonoras dichas.
Aladas armonías aquí renacen,
suavizan límpidos torrentes
y ráfagas de azur.
No hay signos en la claridad,
sólo dulces perfumes,
savia olímpica de arcanos marinos,
la esfinge agreste de los manantiales.
Se viste el orbe de seda fragante,
verde góndola en laguna arbolada,
mientras arde la radiosa albura
y las aves buscan frescas sombras.

2-11-96.

Los Bálsamos de Guadarrama

He aquí la fuente que hace brotar la vida
y pone en cada cosa un átomo germinante.
Cada pétalo refleja los colores del cielo.
Ahí está el valle soleado
donde niebla, nieve y arena
se mezclan en la alquimia crepuscular.
Mi corazón quiere traducir el código celestial,
pero la visión y el pensamiento flotan...
¡El soplo de la tarde en los gorjeos!
Nos sentamos en la piedra de terciopelo:
todo es perfecto en la pradera de las esencias.
De una montaña a la otra hay un arco de nubes.

29-06-97

Segovia

Una parte de mi corazón quedó enrejado
en la piedra berroqueña de tus casas.
Aún tengo en la mirada tus ventanas de tracería calada.
Arena principesca te llamo,
torre de sillería y piedras angulares.
Traigo en mí la mansedumbre de tus claustros,
tus arcos platerescos salen a flor de vida en altares,
tus artesonados de Castilla la Vieja,
las torres levantadas sobre murallas.
Alcázar sobre colinas amarillas.
Graderías colmadas de horizonte,
donde medité sobre lustrados atardeceres.
La hoguera de los páramos,
hermana del alma que contempla.
Las columnas arcadas de armonioso equilibrio,
arquería engarzada hasta la Plaza del Azoguejo,
cristalizada en pantalla de rostro aéreo.
Vetustos pasillos sobre arcillosos techos.
Mis ojos todavía guardan la ribera del Clamores.
Simetría de balcones y pilares enmarcando escaleras.
Casa del Sol erigida en los lienzos de la muralla.
Anuncio de profusiones, Sol de los templarios,
Iglesia de la Vera Cruz,
puertas cardenales, pisos poligonales y bóveda nervuda.
Segovia de puertas diamantadas,
no canto al mundo las orfebrerías que atesoras.
Canto las plazas de soportales
que lucen columnas catedralicias,
ventanas con rejas y almenas,
frisos de yesería morisca y dibujos góticos flamígeros.

La Catedral de León

El Santuario caleidoscópico luce.
Ensueño de policromías.
Filigranas de colores, resonancia visual,
maná contemplativo de rosáceas
como círculos de agua y fuego.
Santuario apoteósico de suave adoración.
El inventario de glorias evoca a la Virgen del Camino,
irradia las ramas del Árbol de Jesé,
reluce recuerdos de paraíso, enmarcados en vidrieras.
Pórtico de Anunciación, pasmo de los ojos,
sagrario de marfil que custodia altares,
leyendas de monjes y transidos retablos
en que se recuerda la intervención milagrosa.
El relicario guarda los sepulcros de la Condesa Doña Sancha
y del Infante don Alfonso.
Ordoño II yacente bajo el Cristo sacrificado y resucitado.
Florones fantásticos, bóvedas cuajadas de terceletes,
donde Garcí Rodríguez de Montalvo
cantó los encantamientos del fabuloso Amadís,
doncel del mar que peleó con gigantes.
Ojivas afiligranadas, rosetones destellan los matices místicos,
Todo es la visión refulgente de cuanto da luz al alma.
Cumbre que trasluce en la estructura de los pilares,
las naves dobles en las rectas crujías del coro,
los nervios de las capillas, los arcos diagonales del ábside,
todo es un sacramento iconográfico,
una sensación ungida de delirio flamígero.

Noche en un *Moblé*

Decenas de veces girando pilares y antorcha,
la fuente de la Plaza España.
De Castelldefels a las Ramblas,
Castel de hiel y arrabales,
arcos palatinos bajo la Luna.
Nadie querría a un poeta peregrino.
Patrullando todos los hoteles y hostales,
la Ronda Universidad y el Paralelo,
recorriendo pabellones, explanadas, molinos:
la humanidad se mudó para Barcelona.
«Es inexplicable», explicaba el chófer.
El taxi ya marca 12 mil pesetas.
Hay ferias y congresos de electrónica,
y festa del engaxada del Primer Cartell.
¿Se distribuye oro en la ciudad?
Hay eventos de toda suerte y formas de hacer dinero,
¿Pero dónde reposar se puede el fardo viajero?
Sólo queda un *moblé*, en los hogares de Morfeo...
Rondando Ronda de Sant Pau,
urgiendo por Urgel, entre letreros luminosos,
fogatas de noche aciaga.
Pido al taxista que abra un hostel para hacer fortuna,
antes que a América vuelva el poeta.
si hotel no encuentra para tumbarse a dormir.
Alta noche, la ciudad abre su boca necrófila.
Estancias, relieves y cañones se levantan,
pero hay puertas que no se abren nunca.
Noche de monje en prostíbulo.
Ebrio de sueño y hambre, mientras el taxi esperaba,
el peregrino se adentró en el *moblé*
y por azahar allí lo acogieron.
Pero madrugada era de gritos y susurros
en la vecina habitación.
Si Bergman escuchase un ruido tal
grabaría nueva versión de su película,
en tono grotesco y bufón (más gritos que susurros).
Al peregrino no se le niega transporte ni carta de libertad.
Pero si le hace falta donde apoyar la cabeza,
Barcelona se llena de Eros y Tánatos.
El viajero en un cuarto *moblé* intenta dormir.
Una mujer, en la habitación vecina,

hace bulla a las cuatro de la madrugada.
Bulla, gemidos y tumulto sin compostura.

Visión de la Sagrada Familia

¿Qué misterioso ímpetu obra el milagro
y qué sueño germina colosos,
enigmas ornados de tiernas lluvias?
Hechizos desbordan,
placeres mutantes
componen la transmutación de cruz en árbol de mágicas ascensiones.
La propulsión del magnetismo,
vértigo de vuelo hacia lo más abrupto,
los páramos de la gloria.
La busca de los pináculos.
Un mago hizo cantar a las piedras.
Un virtuosismo de filigranas coronó las torres y pórticos,
entronizando un cántico apoteósico de formas sagradas.
Gotas del gótico irisado brotan de las nervaduras
en los híbridos sentidos,
indómita fuerza derramando corolas de los cálices,
en los círculos de la espiral.
Por los flancos florecen ramas.
¿Qué inspiración hizo respirar los espectrales granitos?
Árbol de copos dorados, frutales de sol,
pértigas abiertas tejen libertades.
Se ve la floración azul de ojos inmóviles.
El espíritu bebe aromas,
la mirada entre jardines y mar.

Primera impresión del Parque Güel

Ya no son incompatibles naturaleza y humanidad.
Después de siglos de separación,
un hombre las acercó a través de la belleza.
La más viva unidad se reconstituyó
en comunión de piedra y hoja.
Calcáneos germinan brotes como hilos,
azulejos estampan inflorescencias.
En holísticas graderías verdes sombras se desvelan:
recónditas maravillas.
Hay betún de esmeralda en galerías anatómicas,
colmadas de cacto y pino.
Sorpresas trasladadas al mosaico,
terraza de perfil multicolor, pérgolas florecidas,
botánicas efigies en cerámicas florales.
Bajo el signo arlequinial,
paisaje y sentimiento hacen fiestas espectrales.
Tarde airosa de colores me dicen los jardines.

Montserrat

A José Ángel García

Entre los nevados pirenaicos
y la niebla que ciñe los montes
subo hacia las azoteas del pórtico enclaustrado.
Asombrado con los titanes petrificados
y los verdes altaneros,
un calvario de luz inunda el jardín,
un hallazgo, un puerto celeste,
un refugio de adoración.
La veneración que se expandió hacia los valles de ultramar.
Retablo de sagrada romería.
Corona y candela, relicario recóndito.
Baranda agolpada de legiones de rocas,
el cenobio es un pabellón alzado entre agujas.
Encumbrada magia como pan de vida.
El arco de las alturas guarda la legendaria efigie,
hallazgo de la cueva laberíntica.
Vertiginosa verticalidad de mi trance místico,
ermita donde los papiros lucen,
magnificados en música.
Arroyos de sombra suenan más allá de las cimas:
son las voces de la escolanía que están conmigo desde siempre.
Torres de mi contemplación
sobre la cresta transparente de los páramos.
Extasiado estoy de distancia,
fascinado por la luz de los abismos.

Atardecer en Valencia

A Adriana y Miguel Fischer

Miel de colmena otoñal, estanque de hoguera rosácea,
dulce naranjo de albores,
Valencia se perfila en las gárgolas de la Lonja,
en los jardines del Turia,
en románicas torres
por la Virgen de los Desamparados.
Albufera, entre huerta y mar,
inebria de olor a pino al viajante.
Horizonte de arrozal,
oasis de silencio en coronas de verdes copas,
claridad perfumada de agua.
Atardece en Valencia:
malvarrosa y ópalo velan sus donaires.
Lucero de colores sobre páramos de diamante.
Un tesoro de centellas se despliega en senderos liliáceos,
rastros de fluido cristal entre sombras y montañas.
El orbe puro consuela los místicos viveros.
Las flores colman de espuma las riberas de esmeralda.

Córdoba

Peregrino por calles que son caracolas,
grietas circulares bañadas de claridad.
Reliquias miran círculos de esmeralda.
La campiña cereal se alza sobre los pórticos.
Córdoba vertiginosa, alcázar de luz,
doble obsesión donde agoniza y resucita el Guadalquivir,
eterno en sus espumas sonoras.
Los santuarios blancos a sus pies,
bajo un cielo hilado de filigranas.
El puente sobre el cauce guarnecido,
eslabón de los extremos emblemáticos,
Córdoba exuberante:
arrabales, jardines, campanas mozárabes,
torres alminares y restos de molinos.
Al-Ghazal todavía inventa poesía bohemia,
con otros poetas áulicos glosa los hechos de los califas.
Ibn Hazm teje *el Collar de la Paloma*.
Parece que los oigo recitar,
y un olor a limonero enciende el aire,
trastocado por la impronta de antaño.
Es el Guadalquivir huyendo entre piedras,
escapando entre arcos, soportando las intemperies.
La Torre de Calahorra, nostálgica,
ara votiva del Campo de la Verdad,
llagada de dolencias de tiempo,
abandonada en su misterio,
reposa su oscuridad de muros descarnados,
aletargada en aureola de embrujo.
Ya no hay alarido de faina y prisa sobre el Puente.
Un halo de quietud me invita a meditar,
un aire sempiterno enseña la peregrina tarde.
Siesta en los patios, silencio
frente a la portada de los conventos,
rejas floridas, paredes de luna y sal.
Sorpresas desvendadas en callejuelas,
albercas entre mosaicos.
Hallazgos de lejanas voces,
frontera donde trascurrieron los olvidados triunfos.

La Mezquita

Deambulo entre las filigranas de un palimpsesto.
Bajo el bosque de los arcos de oratorios incrustados,
reverencio lo que fue monasterio de San Vicente,
aljama de Tariq ben Ziyad,
a la que los alarifes añadieron arcos,
pabellones sobre nervaduras.
Bajo el artesonado fantástico,
descubro en un altar de mosaico
la inscripción de Don Luis de Góngora,
al lado del centelleante vértice del Mihrab,
marmórea cumbre policromada.
Bajo los frisos lobulados,
árbol de la vida en tableros de mármol,
cumbre que eterniza la luz de la palabra,
me alumbro de custodias y candelabros.
Yeserías de dos entrelazados mundos,
mezcladas en sincrético laberinto.
Lápida califal, sepulcro de canónigos.
Bóveda de mosaicos florales engalanada
por los musivarios de Nicéforo Focas.
De las columnas y policromías de los Abd al Rahmanes,
quedó esa conjunción gótico-califal.
Un altar mayor arrancado de ajena capilla,
acoplado a los arcos que se abrían al patio.
Sobre retablos incrustados en arquerías,
bóvedas hispanorromanoarabescas,
pintadas a fuego.
Lápidas nazaríes superpuestas sobre escudos y azulejos.
Naves a las cuales se añadieron cruceros.
Altars que cierran perspectivas.
En orden numeral las columnas romano-visigodas
sostienen arcos de dovelas de ladrillo rojo.
El bosque de palmeras, en perspectiva cambiante,
multiplicado hacia La Meca.
El orden divino cifrado en la palabra del Corán.
Caligrafía espiritual.

Descubrimiento de Málaga

La primera impresión peregrina
fue un insólito monte con murallas y cipreses.
El mar en perspectiva lejana, entre nubes platerescas.
La risueña calle Marqués de Larios fue la iniciación.
Después, crucé la entrada de carruajes,
desviándome de un fiero coche,
hasta la Plaza del Obispo,
donde la catedral ostenta sus blasones rosados.
Es un prodigio de Diego de Siloé
la iconografía de primores áureos.
En el pétreo jardín vengo a cumplir mi apostolado.
Al servicio de los rincones de ensueño,
contemplo los recintos amurallados,
hallazgos de los entramados de la umbría.
Estoy delante de la impronta,
la magnitud de los huertos y su cuadratura verde.
De las torres destacan baluartes.
Se levanta la esplendidez azul,
con los edificios, en tapiz vertical,
bordado de matices alegóricos.
Subo hacia los encendidos peldaños del día:
un patio que se alarga en horizonte.
Clara exaltación vital,
altísima visión de lontananza,
Málaga es una perla incrustada en sierra y mar.
De las alturas se asoma la magia soberana de su aura
hierática, translúcida, policroma,
lustrada de perspectivas.
Agua insomne de gloriosos episodios,
flor de almendro,
tesoro guardado en cofre de terciopelo.
En el campo espectral miríadas centellean.
Antorcha entre laderas crepitando,
clavada en la percepción de la intemporalidad.

La Serranía de Málaga

A Antonio Gómez

Aromas que bebemos en las hojas,
las tonalidades y la verticalidad de los cipreses.
Inflorescencias de esmeraldas ramas
que brotan encendidas por el viento.
Jardines de romero y tomillo,
bosques en profusión de encantos verdes.
Horizonte de miraje.
Un sueño místico se expande flamante
por las alturas de fluida clorofila.
Es el traje de un reino vestido de nervura.
Terciopelo y celaje en todas las dimensiones.
Alma inmersa en verdes panoramas,
¿Quién no aspira a respirar ese aliento?

Granada

Brotan las fuentes desde la sala de abencerrajes.
Surtidores deslizan hacia las azules ánforas.
Granada de artesonados y jardines.
Las pléyades, como sortijas, encienden fuegos de nácar.
En el jardín del firmamento han brotado narcisos,
ascuas vivas de colores.
Han crecido los frutos del naranjo.
Arcos de policromía desde antiguo se celebran.
La belleza de la vega,
palacios con vergeles y alamedas,
bosques de robles y encinas.
El centrífugo perímetro donde el olivo verdea.
Granada de torres y almuédanos.
Orfebres y alfareros en zocos y alcaicerías,
alhóndigas y madrazas.
Granada canción de agua labrada.
Mas allá de los arrabales, extramuros,
las almunias florecen.
El Albaicín, visto desde el Patio de los Arrayanes,
adornado de flores,
duerme bajo la melancolía del laúd,
arrullador, tañido en las estancias de la luna.
Eran felices los árabes, antes del derrumbamiento...

LOS POETAS

Con Federico García Lorca
por los campos de Andalucía

A Marly Vasconcelos

Por los campos de Andalucía,
cristal sin nubes rasgadas.
Cisterna azul, brisa dormida.
Catedrales de ceniza suspiran por el mar.
Fuegos calcáreos relumbran por el naranjal.
Guadalquivir de las estrellas,
donde Federico García, flor de sombra en la mejilla,
paseaba con sus estribillos.
Brizna de alondra, un diluvio de azucenas
canta con Federico y sus novias.
Doña Rosita por los bosques de toronja.
Lolita seducida por los nocturnos ramos.
Lucía Martínez, la de los muslos de umbría.
Amparo, la que borda saetas en soledad.
Sufre el surtidor en el jardín de arrayanes.
En manzanas de sollozos escribo letras de nieve.
Dalias de cuellos blandos, risas de jazmín caliente,
magnolia de hondas negruras,
los amores floridos suspiran como dulces claveles.
Oasis con vegas de aurora,
desmayan las violetas del mar.
El ganado oscuro paca por los charcos del invierno.
Llueve sobre los musgos de seda,
otoños de caracoles inundan los estanques.
Nadan nardos febriles en sábanas de salinas.
Bajo la sombra de los cipreses,
tengo en mi regazo a las musas de Federico:
Soledad Montoya en madrugada de nardos,
Preciosa en un sendero de olivos,
la Lola bajo el naranjo en flor.
Son odaliscas de arena y sal,
palomas de perla y brumas.
Me ensueño por las orillas del Darro,
gusto de retama en la boca.

Las niñas besan la luna,
aliento de fragantes melodías.
Granada de rocío y agua clara de arrabales.
Ruisseños por las orillas del Darro.
Guarida de mi silencio:
torres de sombra y jazmín.

Recuerdo de Federico García

Federico entre los juncos y alamedas.
Federico el que divisa los luceros verdes,
soñando con la luna de los peces.
Lloran los surtidores por Federico, mártir,
en la más triste de las madrugadas,
en manos de unos infames mediocres.
¡Quisiera envejecer
y a los ochenta ser el Walt Whitman español en Cádiz!
Se marchitan los geranios
por el niño que defendía a los gitanos pobres.
Los bandoleros lo envidian y lo persiguen,
desde la Huerta de San Vicente a la casa de los Rosales.
Las patrullas atacan el Albaicín.
Matan a Fernández Montesinos.
La crueldad es un océano de horror.
La carnicería se perpetra en los muros de los cementerios.
Un Cristo fue Federico en la Granada amortajada.
Los surtidores lloran, se marchitan los geranios.
Se cerraron los balcones, de miedo.
En la fuente de todas las lágrimas,
frente a la vega, en el huerto de olivos,
en tinieblas quedaron los labriegos.
Todo era abismo de locura y movediza arena.
Pero no pudo la esperanza ser asesinada.

Cantando Sevilla
a la manera de João Cabral

Del placer de andar Sevilla,
calles primigenias
glorietas y plazas portátiles.
De leer libro sólo de metáforas
siempre inusitadas.
De pronto, se levantan iglesias
a hombros de mezquitas.
De andar envuelto en atmósfera de luz interna.
De habitar en sí el sabor cítrico del Pumarejo,
clareza gustativa.
Fuente de ser, vivero de calizas,
el Arenal, diamante extremo,
fiesta en las calles.
De meditar sobre el contraste
entre las líneas de la calle Sierpes
y las proporciones de la Giralda.
De Santa Cruz, suelo en caracoles,
de curvas, como Venecia, sinuosas,
pero sin la expansión de escapes
que desaguan en los puertos,
pues tropiezan en patios.
Jardines internos de pardos portales.
A los márgenes del Guadalquivir,
el placer de vagar por mamposterías de cal,
de sorber balsámicas dulzuras,
sentir en los aires de claridad la intensidad de lámina,
luz aguda, ácido que limpia los azulejos
y las ventanas de Triana, hierba en las cornizas.
De ver la gracia andaluza,
la piel femenina de Sevilla.
De vivir el estado de ser de andar por sus calles.
De pronto apasionarse el contemplador
por su aroma femíneo, recóndito,
de gitana que enciende el viento.
Por sus nervios de sal que la densifican.

El huerto de Luis Cernuda

Conocí un castillo ancestral que guarda sueños.
La bóveda con cristales de bruma,
Alondras de atalayas,
translúcidos ramajes donde un mirlo se estremece.
Un jardín con embeleso de celestes alas.
Iris mojado, lluvia dormida,
recuerdo de colores...
Celaje que enciende las hojas,
mi castillo guarda sortilegios de puro conocer.
Instante de pétalos en la memoria.
Rosa eterna en los mares:
perla vegetal con arco de espuma.
Adentramos la risa del viento
y la cosecha será de oloroso frescor.
Chispas de amor, más que efímeras glorias.
Racimos de esperanza,
más que olvido de amargos días.
Un haz de luz donde amanece la savia.
En hermosuras remotas veremos la luz nueva,
iremos por el prado a las aguas.
Entre el encanto de estar vivo y el tormento de amar,
translucen cosas arcanas:
certidumbres, sombras azules, cimas nevadas.

Rafael Alberti vuelve a Cádiz

Es Rafael Alberti llorando
delante de los álamos.
Se han roto hasta el cielo y el río.
Pero la vida sigue, aunque en pastos amargos, donde toros de
fuego.
Es el poeta imaginando el mapa de España en una nube,
soñando en patio vacío,
escuchando fuentes de fantasía.
Su esperanza dice
que brotarán laureles en los senderos.
Es Rafael Alberti celebrando su visionaria certeza.
¡Llega el poeta! El viento lo saluda,
ya vienen los marineros
y las salinas relucen.
Se llenan de palomas los olivares.
Ya está el poeta en sus naranjares.
Cantan cigüeñas en los campanarios.
Piedras encendidas, mar abierto en los campos,
ya no está solo el andaluz.
En largos horizontes, finos aires.
Pradera de la mañana.
Es Rafael Alberti por las calles del mar.
¡Qué revuelo!
¿Viene en las olas del mar de Cádiz
o en las barandas del Duero?
¡Es Rafael Alberti que vuelve
y viene a aposentarse en litoral!

Mirando las montañas
con Miguel Hernández

Miraba las magnitudes y sentía pena,
mientras hojeaba un libro de Miguel Hernández.
Un prodigio, muerto a mengua a los treinta y dos,
en el tiempo en que a los poetas se les metía en la cárcel.
Veía los vestigios de la distancia
y pensaba en los dardos de su pena.
Soñaba con el sol hilando láminas de plata
y me conmovía su dolencia de melancolía.
Contemplaba la dormida muralla en la sombra azul,
viviendas entre hojarasca ondulante,
paja y musgo en las ramas.
Sentía las heridas del poeta, rodeado de cardos,
entre candiles de agonía.
Demandaba las cumbres y el encanto de verlas,
escaleras que el césped oculta,
el sueño de las criaturas dentro del valle,
la dorada niebla que ciñe la cordillera.
Coronas de hielo clavadas en sus crestas.
Me hechizaba el misterio de las alturas,
pero el poeta, codo a codo con mi fantasía,
llenaba mis sentidos de nostalgia.
El hierro infernal en su costado
desafiaba su impetuosidad de toro,
el vendaval en el cuello perseguido,
su implacable perdición de libertad.
Un arcángel dentro de una jaula,
el desgraciado sueño,
el pecho ante las balas, desgarrado,
entrega, entre ráfagas de tragedia,
a las entrañas de la patria.
Entre tiniebla y cuchillo,
su caudal al servicio de la primavera amortajada.
Al otro extremo, fuera de sus epitafios feroces,
me sentía arraigado a todo,
los pies en la tierra, el pensamiento en Dios,
el espacio con piel de marfil nublada,
espuma de plenilunio.
Pero el poeta siente amargos los arrullos,
las pétreas inmensidades le duelen.
Mientras yo admiraba los lejanos huertos,

los límpidos ríos glaciares,
al poeta le sufocaba su propio aliento.
Encarcelado en precipicio en que la libertad se destrozó,
alma de agonía y relámpago.

Lectura antitética de Jaime Gil de Biedma

Hay tardes de desamparo y deseos desoladores.
Los pinares se preparan para oscurecer.
Pero el dulce pasearse
pone guirnaldas sobre el pecho del cielo.
El sol de los días consiste en entregarnos rosas.
¿Una verdad desagradable asoma?
La vida no es como la esperábamos,
el instante no devuelve el mar trémulo,
pero hay un vértigo en el alma, con ráfaga de luz.
Hay amor más poderoso que la vida,
amor que anuncia el reino de la vida,
con el deseo de ver amanecer.
Hay Citerea y sensación de estar en las islas.
Es verdad que hubo guerra y hay guerra todavía,
escombros y demonios que hieren los ojos,
pero se espera algo definitivo
como la advertencia de las constelaciones.
Y hay laguna y lucero,
Alto de Extremadura y Puerta del Ángel.
El hombre se hace dueño de su historia.

Tesoros de Fray Luis León

Cinco años encarcelan a Fray Luis en Valladolid.
Lo acusan de interpretar la Vulgata con ideario hebreo.
Dominicos de Salamanca lo envidian.
El poeta asiste a la pérfida intriga de las órdenes.
¡El Cantar de los Cantares
nunca lo habían traducido con talento y gracia!
Lo acusan de irrespetuoso de los santos,
de la autoridad de la Vulgata,
de estar en contra de los decretos de Trento.
Se encienden las hogueras contra la herejía.
Hay delación y auto de fe,
el condenado vestido de sambenito,
la multitud ante el «acto edificante».
Pero los nombres de Cristo son su defensa.
El docto vindicado reinicia la cátedra:
"decíamos ayer".
Caridad en todas las cosas proclama.
Con fuego graba dulzura de palabras.
Ceñida lira, pluma de vértigo, quiso volar al cielo.
Retiro en noche serena encontró después del mar turbado.
Sufrió la desventura de los afligidos,
pero en secreto seguro emerge al goce del aire.
Escucha el canto sabroso de las aves.
Relumbran los palacios del cielo,
alma entre flores recostada.
Resplandecen auroras.
Al que reposa en prados de púrpura
el rocío viste de velos.
El que medita es agua que se entrega al mar.
Llamas vivas de embeleso
por su contemplación se encienden:
rosas inmortales del cielo venturoso.

En sintonía con Jorge Guillén

Bajo el aire dulce de la luna,
fragancias después de la lluvia,
un prodigio de vida me complace.
Oleaje de aventura que avanza.
Alegrías que abarcan la tarde.
Quisiera tener palabras para alabar los jardines.
Visionario del espacio ante las cumbres,
me alumbran las iluminaciones.
Me animo a pasear con apogeos de música.
En la plaza llena de perspectiva humana,
mansa luz de diamantinos días,
agua que tiembla en remanso.
Son claras las calles bajo el impulso estival.
Un aleteo azul emerge albor en relumbre:
Ser en plenitud como el árbol que susurra,
las ramas que palpitan.
Como el riachuelo que se abalanza,
mientras se alargan las tardes,
quien se dispone a la luz se entrega a su efusión,
triumfa con el sol naciente y espera la primavera.
Voz de fábula, secretos de estancia,
promesas de la mañana,
la claridad nos escoge,
pueblan pájaros el vacío.
El poeta anuncia el minuto eterno,
respira en vergeles de realidad.
Un ruiseñor canta en la cima del ansia.
Lo ajeno es un aroma que se regala.
Respiramos la ofrenda
que conduce a la dicha de las maravillas.
Alegría de contactar con la perspectiva humana,
afirmación de un anhelo fraterno:
alma madrileña, fundir sentimientos en armonía.
¡Quisiera tener palabras para alabar los jardines!

Según el Evangelio de Gerardo Diego

"Castilla impresa en todos mis sentidos"

Gerardo Diego

Estoy soñando con las cumbres de Castilla.
Vergeles y parajes que se alumbran.
Una torre se levanta de piedra labrada.
Subo al arco de la ventura,
el paisaje se abre en música,
ondas fulgen por el aire.
Estoy soñando con Castilla de ruina en flor,
nidos de cigüeñas sobre campanarios,
claridad que los ojos no se duelen de admirar.
El céfiro destila gotas de candor,
alzando cúmulos de nata sobre el terciopelo.
Árboles desnudos encienden la altiplanicie.
¡Dichoso el poeta canta su prenda de luz!
Desde Santa Gadea, Águilas de Gayangos,
acudo a Madrigal de las Altas Torres.
Me impongo el goce de un rosario de pétalos.
El que se alza sobre crujías y agujas,
canta al cielo de centauros.
Desde el Arlanzón al Mar de Cantabria,
quilla que taja hoces, asida a un dulce ensueño,
Castilla canta con los mirlos.
Barcarola del Tajo de mis deleites,
cántaro de éxtasis que las hierbas comulgan.
Las praderas, ángeles verdes,
vuelcan antorchas sobre un frescor de helechos.
Azulados grises pierden la distancia.
Encandilado recojo destellos de jazmines,
vértices de ramas que aletean.
Miro más allá de los alumbrados oteros,
almas onduladas, sombras de encinas.
Sonata de cristal,
la voz de Gerardo Diego con trineos de paraíso,
iris de agua fresca entre almendros.
San Martín de Montalbán, poniente sobre los cerros,
astro de alabastro sobre prados rosados,
agudos álamos inclinados.
Estoy soñando con remansos y umbrosas estaciones,
murallas almenadas que enajenan.

Ávila de arcos y retablo de adelfas.
San Pedro de Arlanza, plantado entre los sotos,
inmerso en santo silencio.
¡Sol de España, juglar de Dios!

Devoción a San Juan de la Cruz

Asido por la mano de la Virgen,
guirnaldas de esmeraldas en las riberas,
te alabo por las ascuas del deleite.
Por las fuentes donde anduviste asceta,
Por tus ansias de dichosa ventura,
¡Te alabo, la llama que refresca el alma!
Tras el amoroso lance de la gracia,
linderos de quietud, sentidos suspendidos,
Juan de Yepes, patrono de los poetas,
te alabo entre azucenas olvidado.
Alma tocada con ardor,
por verdes riberas entre flores.
Por la prisión que sufriste en Toledo,
entre ayuno y dolencia.
Transido, acostado al suelo del calabozo.
Con latigazo te azotaron los hermanos.
Te alabo entre fervores de emoción.
Por tu soledad de abrojos en Andalucía.
Por los extraños primores,
que desde las crestas de Gredos
hallaste por la fe,
te alabo, unción de amor al Verbo alado.
Por la bodega interior de tu adobado vino,
por el ganado que perdiste y que seguías,
te alabo, orfebre de la joya de la esperanza.
Por el huerto donde aspiraste olores.
Por la inefable pena de la ciencia sabrosa,
por las ínsulas extrañas cuando los campos retoñan.
Por la fuente suavemente abrasando el ser,
por el sabroso misterio donde Jesús ha meditado.
Te alabo entre poetas encumbrado.
Por la florida vega del Tajo,
de suaves vuelos recogidos.
Por los rosales de la ternura en soledad,
que cosechaste con ardores trastocado.

Por la casa sosegada, bóvedas de consuelo,
tabernáculos entallados en pureza.
Por la cena que enamora más que recrea.
Refrigerio de los montes de hermosura.
Por tu recogimiento arrimado a Dios,
¡te alabo, preceptor de mis recuerdos!

La oración de Santa Teresa

¡Que su confianza haga mercedes en nosotros!
No somos dignos, pero quizá merezcamos bendición
y gracia que suplicamos, como ayuda en nuestra debilidad.
Perdón por la ingratitud de nuestra ofensa.
Regocijados de que virtud resplandezca
por vuestra magnificencia puesta en nosotros,
con el ánimo temblando os damos gracias.
Nuestro contento viene, en peligroso mundo,
de cosas contempladas con ojos del alma.
¡Bendito seáis por siempre que nos tuvisteis
de vuestra mano en tan precaria e incierta vida!

SOLAPA:

Otros libros del autor:

- Poemas de Hoje*, 1976 (con Natalicio Barroso Filho), Fortaleza – Ce.
Incendiário de Mitos, poesía, 1980, Fortaleza – Ce.
Navio Espacial, poesía, 1981, Fortaleza – Ce.
Estórias do Destino e a Pérfida Perfeição, cuentos y poesía, 1982, Fortaleza – Ce.
O Evangelho da Iluminação, poesía, 1983, Fortaleza – Ce.
A Quintessência do Enigma, poesía, 1986, Brasília – DF.
Purificações, poesía, 1987, Río de Janeiro – RJ.
O Encantador de Estrelas, poesía, 1990, Brasília – DF.
Sortilégio Marítimo, poesía, 1991, São Paulo - S.P.
Los Pilares del Esplendor, poesía, 1992, Lima – Perú.
Llave Maestra, poesía, 1994, Lima - Perú (com três poetas peruanos).
A Essência da Espiritualidade, ensayos, 1994, Lima - Perú.
Poèmes Ecologiques, poesía, 1996, Bellegarde – Francia.
Ânima Lírica, CD de poemas musicalizados 1997, Ginebra – Suiza.
Anthologie Sonore, CD de poemas recitados en tres idiomas, 1997, Ginebra. – Suiza.
Mário Gomes, Poeta, Santo e Bandido, biografía, 1997, São Paulo - SP.
Rosas de Fogo, poesía, 1998, Río de Janeiro – RJ.
Água Lustral, poesía, 1998, Río de Janeiro - RJ.
Estância Cearense, Antología Poética, 1999, Fortaleza - Ce.
À Sombra das Horas, Antología (poemas traducidos para el idioma búlgaro), 1999, Sofía - Bulgaria.
Na Trilha dos Eleitos, ensayos, 1999, Río de Janeiro - RJ.
No Chão do Destino, poesía, 1999, Vitoria - E.S.
Crescente, poemas musicalizados, 1999, Sofía – Bulgaria.
London Gardens and other journeys, poesía, 2000, Sofía - Bulgaria.
Verbo Imaginário, Antología (CD con poemas leídos por el autor), 2000, Sofía – Bulgaria.
Noites Claras, poemas musicalizados en CD, 2001, Sofía – Bulgaria.
Mística Beleza, poemas musicalizados en CD, 2003, Brasília DF.
Rios, Antología de poemas de cuatro autores (participa juntamente con los poetas cariocas Thereza Christina Motta, Elaine Pauvalid, Tanussi Cardoso e Ricardo Alfaya), Río de Janeiro, 2003.
Sintaxe do Tempo, poesía, Fortaleza, 2005.

Contra-portada:

Márcio Catunda Gomes

De 1991 a 1994 fue Secretario de la Carrera Diplomática en la Embajada de Brasil en Lima Perú. De 1994 a 1997 fue Cónsul-Adjunto en el Consulado General de Brasil en Ginebra, Suiza. De 1998 a 2000, Consejero en Embajada en Sofía-Bulgaria. Actualmente trabaja en la Embajada de Brasil en Santo Domingo, República Dominicana, como Consejero de la carrera diplomática.

Fue Presidente del “Clube dos Poetas Cearenses”, 1975 y fundador del Grupo Siriará, 1985, ambos en Fortaleza, Brasil.

En Río de Janeiro participó del círculo de reuniones denominado “Sabadoyle”, donde conoció al poeta Carlos Drummond de Andrade, con quien mantuvo largo intercambio. Miembro de la Asociación Nacional de Escritores, de Brasilia. Fundó, en 1992, en Lima, con los poetas peruanos Eduardo Rada, Regina Flores y Eli Martin, el grupo REME, que organizó recitales y publicó libros en el período 1992 a 1994 en la capital peruana. En el período de 1996-1997 participó, en Ginebra, Suiza, de la Asociación de Escritores Ginebrinos.

Escribe en diferentes periódicos brasileños.